



HASTA
QUE
VOLVAMOS
A
VERNOS

JAMIE FORD

Nada puede romper
el vínculo de amor
entre una madre
y su hijo.

— UN AUTOR CON 2 MILLONES DE LECTORES —


ESPASA

JAMIE FORD

HASTA QUE VOLVAMOS
A VERNOS

Traducción de Jesús de la Torre



ESPASA © NARRATIVA

Título original: *Songs of Willow Frost*

© James Ford, 2013

© Espasa Libros S. L. U., 2014

© De la traducción: Jesús de la Torre, 2014

© Del mapa: David Lindroth, Inc., 2013

Primera edición: mayo de 2014

Depósito legal: B. 6.986-2014

ISBN: 978-84-670-4145-3

ISBN 978-0-345-52202-3, Ballantine Books,
un sello de Random House Publishing Group,
una división de Random House, Inc.,
Nueva York, EE. UU., edición original

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Unigraf, S. L.

Composición: Víctor Igual, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Sagrados corazones

(1934)

William Eng se despertó al oír el chasquido de un cinturón de piel y el ruido de los muelles oxidados que sostenían el raído colchón de su cama sacada de los excedentes del ejército. Mantuvo los ojos cerrados mientras escuchaba los pies descalzos de los niños arrastrándose nerviosos sobre el frío suelo de madera. Oyó el lanzar y ondear de sábanas al retirarse, como vientos alisios que inflaran una vela. Y de esa forma se dejó llevar por las corrientes a favor de su imaginación, como hacía siempre, hacia otro lugar, cualquiera que no fuera el orfanato del Sagrado Corazón, donde las hermanas inspeccionaban las sábanas todas las mañanas y azotaban a los que hubiesen mojado la cama.

Se habría incorporado de haber podido y se habría puesto de pie en posición de firmes a los pies de su catre, como los demás, pero tenía las manos atadas, literalmente, a la estructura de la cama.

—Os dije que funcionaría —comentó la hermana Briganti a un par de celadores cuya oscura piel lo parecía aún más al lado de sus almidonados y blancos uniformes.

La hermana Briganti tenía la teoría de que los niños mojaban la cama porque se hacían tocamientos inmorales, así que a la hora de acostarse empezaba a atar los zapatos de los niños a sus muñecas. Cuando eso no funcionaba, se las ataba a la cama.

—Es un milagro —dijo mientras daba golpes con el dedo hincándolo en las sábanas secas entre las piernas de William.

El chico la miró mientras ella se santiguaba, después se detenía y se olisqueaba los dedos, como si buscara alguna prueba que sus ojos y sus manos no desvelaran. «Amén», pensó William al darse cuenta de que su cama estaba seca. Sabía, como huérfano que era, que la hermana Briganti había aprendido a esperarse lo peor. Y en raras ocasiones, por no decir nunca, se equivocaba.

Después de desatar a los niños, castigar al último pecador y apaciguar a los que lloraban, dieron permiso por fin a William para que se lavara antes del desayuno. El muchacho se quedó mirando la larga fila de cepillos de dientes y paños idénticos que colgaban de ganchos igual de idénticos. La noche anterior había cuarenta, pero ahora faltaba uno de los juegos, e inmediatamente se extendió el rumor entre los chiquillos de quién podría haberse escapado.

«Tommy Yuen.» William supo la respuesta al echar un vistazo a los aseos y no ver otro rostro como el suyo. «Tommy debe de haberse escapado por la noche, lo que quiere decir que soy el único niño chino que queda en el Sagrado Corazón.»

La tristeza y el aislamiento que podría haber sentido quedaron atenuados por una mañana libre de la correa, y sustituidos por las esperanzadas sonrisas de los demás niños al lavarse la cara.

—Feliz cumpleaños, Willie —dijo un chico con la cara llena de pecas al pasar por su lado.

Otros cantaron y silbaron la canción del cumpleaños feliz. Era el 28 de septiembre de 1934, el duodécimo cumpleaños de William. De hecho, era el cumpleaños de todos ellos: al parecer, era mucho más fácil llevar la cuenta de ese modo.

«El día del Armisticio habría sido más adecuado —pensó William—, pues algunos de los niños mayores del Sagrado Corazón perdieron a sus padres en la Gran Guerra. O el 29 de octubre, el Martes Negro, cuando todo el país empezó a pasarlo mal.» Desde el crac, el número de huérfanos se había triplicado. Pero la hermana Briganti había elegido el día de la coronación del venerable papa León XII como el nuevo día de celebración para todos, un cumpleaños colectivo, lo que significaba un viaje en tranvía desde Laurelhurst hasta el centro de la ciudad, donde les darían a los chicos una moneda de cinco centavos con el diseño de un búfalo para que se la gastaran en el puesto de golosinas antes de invitarlos a ver una película sonora en el teatro Moore.

«Pero lo mejor de todo —pensó William— es que en nuestro cumpleaños, sólo en nuestro cumpleaños, se nos permite hacer preguntas sobre nuestras madres.»

La misa del cumpleaños era siempre la más larga del año, incluso más que la de Nochebuena, al menos para aquellos niños. William se sentó y trató de permanecer quieto, escuchando al padre Bartholomew, que hablaba y hablaba sobre la Santísima Virgen, como si ella pudiera desviar la atención de los chicos de lo que era su gran día. Las niñas se sentaban al otro lado de la iglesia, bien inconscientes del único día del año en que los chicos salían, bien exageradamente celosas. Pero, en cualquier caso, las charlas sobre la Santa Madre no hacían sino confundir a los internos más jóvenes y nuevos, la mayoría de los cuales no eran huérfanos de verdad, al menos no del modo en que describían a la huerfanita Annie en la radio o en las tiras cómicas de los domingos. Al contrario que aquella niña de pelo mocho que gritaba alegremente «¡Recórcholis!» ante cualquier calamidad, la mayoría de los niños y las niñas del

Sagrado Corazón seguían teniendo a sus padres fuera, en algún lugar, pero dondequiera que estuviesen, se veían incapaces de traer comida para las bocas de sus hijos ni zapatos para sus pies. «Así es como Dante Grimaldi vino con nosotros», reflexionó William mientras paseaba la vista por la capilla. Después de que el padre de Dante murió en un accidente talando árboles, su madre lo dejó jugando en la sección de juguetes de Wonder Store, en el gran centro comercial Woolworth de la Tercera Avenida, y nunca más volvió. Sunny *Sixkiller* vio a su madre por última vez en la sección de niños de la nueva biblioteca Carnegie de Snohomish, mientras que a Charlotte Rigg la encontraron sentada bajo la lluvia en los escalones de mármol de la catedral de St. James. Se rumoreaba que su abuela había encendido una vela por ella y que incluso se había confesado antes de escabullirse por una puerta lateral. Y luego estaban los otros, los afortunados. Sus madres acudían a firmar montones de documentos en papel carbón mediante los cuales confiaban a sus hijos a las monjas del Sagrado Corazón o al hospicio de San Pablo, que estaba al lado. Siempre prometían regresar al cabo de una semana para visitarlos y, en ocasiones, lo hacían pero, la mayoría de las veces, esa semana se alargaba hasta convertirse en un mes, a veces en un año, y otras veces para siempre. Y, sin embargo, todas sus madres habían dado su palabra, ante la hermana Briganti y ante Dios, de que algún día regresarían.

Tras la comunión, William se puso de pie con una insípida oblea aún pegada al paladar, esperando en fila con el resto de los niños en la puerta del despacho de la dirección de la escuela. Todos los años, la madre Angelini, priora del Sagrado Corazón, evaluaba a los chicos tanto física como espiritualmente. Si les daba el visto bueno, se les concedía permiso para salir. William trató de no moverse nerviosamente ni parecer demasiado ansioso. Intentó te-

ner un aspecto feliz y presentable, imitando las sonrisas esperanzadas y alegres de los demás. Pero entonces recordó la última vez que había visto a su madre. Estaba en la bañera de su apartamento del viejo hotel Bush. William se había despertado, había ido por el pasillo en busca de un vaso de agua y se dio cuenta de que ella llevaba varias horas en el baño. Esperó unos minutos más y, entonces, a las 12.01 de la mañana miró finalmente a través de la oxidada cerradura. Parecía como si estuviera dormida dentro de la bañera con patas, su rostro vuelto hacia la puerta; un mechón de pelo negro se le había pegado a la pálida mejilla, un rizo en forma de signo de interrogación. Un brazo le colgaba relajadamente por encima del borde y el agua goteaba lentamente de sus dedos. Una única bombilla pendía del techo, parpadeando con el soplo del viento. Después de gritar y dar golpes en la puerta en vano, William cruzó corriendo la calle para buscar al doctor Luke, que vivía encima de su consulta. El doctor abrió la cerradura con una ganzúa y envolvió a la madre de William con unas toallas, la bajó por los dos tramos de la escalera y la metió en un taxi que esperaba para llevarlos al hospital Providence.

«Me dejó solo», pensó William, recordando el agua rosada de la bañera que borboteaba y se arremolinaba al salir por el desagüe. A los pies de la bañera encontró una pastilla de jabón Ivory y un palillo esmaltado. En el extremo más ancho tenía incrustadas relucientes capas de conchas de abulón. Pero el extremo puntiagudo parecía afilado, y se preguntó qué hacía aquello allí.

—Ya puedes entrar, Willie —le indicó la hermana Briganti al tiempo que hacía chasquear los dedos.

El muchacho sostuvo la puerta abierta mientras Sunny salía. Tenía las mejillas rojas como cerezas y las mangas húmedas y brillantes de haberse limpiado la nariz.

—Te toca, Will —dijo mitad sorbiendo, mitad gru-

ñendo. Llevaba una carta en la mano y arrugó el sobre como si fuese a tirarlo pero, entonces, se detuvo y se guardó la carta en el bolsillo de atrás.

—¿Qué dice en ella? —preguntó otro niño, pero Sunny negó con la cabeza y se alejó por el pasillo mirando al suelo.

Rara vez había cartas de padres, no porque no llegaran, que lo hacían, sino porque las hermanas no dejaban que los niños las leyeran. Las guardaban y se las daban como recompensa por un buen comportamiento o como un valioso regalo de cumpleaños o día de fiesta, aunque había regalos mejores que otros. Algunas constituían un esperanzado recordatorio de una familia que seguía queriéndolos. Otras eran la confirmación por escrito de otro año en soledad.

La madre Angelini era toda sonrisas cuando William entró y se sentó, pero la vidriera que había tras su mesa de roble estaba abierta y en la habitación hacía frío y había corriente de aire. El único calor que sintió el chico procedía del asiento de la silla de piel acolchada que había estado ocupada momentos antes, aplastada por las expectativas de otro niño.

—Feliz cumpleaños —dijo ella mientras sus dedos delgados se movían por un grueso libro de registros como si buscaran su nombre—. ¿Qué tal estás..., William? —Levantó la vista por encima de sus gafas cubiertas de polvo—. Éste es tu quinto cumpleaños con nosotros, ¿verdad? ¿A qué edad corresponde eso en el canon?

La madre Angelini siempre preguntaba la edad de los niños con relación a los libros de la Septuaginta. William recitó rápidamente de un tirón: «Génesis, Éxodo, Levítico...», hasta llegar al Segundo Libro de los Reyes. Lo había memorizado hasta el Libro de Judith, cuando cumpliría los dieciocho y se iría del orfanato. Como el Libro de Judith representaba su propio éxodo personal, lo había

leído una y otra vez, hasta que se imaginó a Judith como una antepasada suya, una viuda heroica y desgraciada cortejada por muchos y que permaneció soltera el resto de su vida. Pero también lo leyó porque ese libro en particular era semioficial y semicanónico, más parábola que real, como las historias que había oído sobre su propia madre, a la que había perdido hacía mucho tiempo.

—Bien hecho, maestro William —dijo la madre Angelini—. Bien hecho. Los doce son una edad maravillosa, el abismo de la responsabilidad adulta. No pienses que eres un adolescente. Considérate un hombre joven. Es más adecuado, ¿no crees?

El muchacho asintió, inhalando el olor a lana mojada por la lluvia y a bálsamo Mentholatum, tratando de no esperar ninguna carta o ni tan siquiera una pésima postal. Fracásó rotundamente en el intento.

—Sé que la mayoría de vosotros estáis deseando tener noticias del exterior, que los misterios de Dios han bendecido a vuestros padres con un trabajo, un techo, pan y un cálido hogar, y que alguien podría venir en vuestra busca —continuó la vieja monja con voz delicada, sacudiendo la cabeza mientras la piel de debajo de su mentón se movía como un moco de pavo—. Pero... —Echó un vistazo a su libro de registros— sabemos que eso no es posible en tu situación, ¿verdad, querido?

«Parece que eso es lo único que sé.»

—Sí, madre Angelini —asintió William tragando saliva con dificultad—. Supongo que, puesto que es mi cumpleaños, simplemente me gustaría saber algo más. Tengo muchos recuerdos de cuando era pequeño, pero nunca nadie me ha contado qué le pasó a ella.

La última vez que la había visto él tenía siete años. Su madre le había medio susurrado y medio farfullado un «Vuelvo enseguida» mientras se la llevaban, aunque puede que eso lo hubiera imaginado. En cambio, no se había ima-

ginado al oficial de la policía, una enorme montaña en forma de hombre que había aparecido al día siguiente. William lo recordaba comiéndose un puñado de galletas de mantequilla de almendra de su madre y esperando con paciencia mientras él hacía la maleta. Después, William había subido al sidecar de la motocicleta del policía y habían ido a una casa de acogida. William saludó con la mano a sus viejos amigos, como si fuera montado en una carroza del desfile del Golden Potlatch de Seattle, sin ser consciente de que se estaba despidiendo. Una semana después, llegaron las monjas y se lo llevaron. «De haber sabido que nunca más volvería a ver mi apartamento, me habría llevado alguno de mis juguetes o, al menos, una foto.»

William trataba de no mirar la lengua de la madre Angelini revoloteando por la comisura de su boca. Estaba leyendo el libro de registros y una tarjeta con un sello que parecía oficial que estaba pegada en la hoja.

—William, como ya eres lo bastante mayor, te voy a contar lo que sé, aunque me duele hacerlo.

«Que mi madre está muerta», pensó él distraídamente. Había aceptado aquel probable resultado unos años atrás, cuando le habían dicho que el estado de ella había empeorado y que nunca iba a volver. Al igual que había aceptado que su padre fuera siempre un desconocido. De hecho, a William le habían prohibido siempre hablar de él.

—Por lo que sabemos, tu madre era una bailarina del Wah Mee Club, y bastante popular. Un día se provocó el vómito con sopa de melón amargo y semillas de zanahoria, pero como aquello no funcionó, se fue al baño y trató de hacerse...

«¿Hacerse?» Su madre había sido cantante y bailarina.

—No lo entiendo —susurró él, sin estar seguro de querer seguir escuchando.

—William, a tu querida madre la llevaron corriendo al hospital, pero tuvo que esperar varias horas, y cuando se

acercó a ella el médico responsable de los ingresos, éste no se sentía cómodo tratando a una mujer oriental, especialmente a alguien con su reputación, así que hizo que la llevaran al antiguo hotel Perry.

William parpadeó y comprendió ligeramente. Conocía el lugar. De hecho, solía jugar al escondite en la esquina entre Boren y Madison. Recordó sentir miedo de aquel edificio de aspecto siniestro, incluso antes de que pusieran barrotes en las ventanas y al lugar le cambiaran el nombre por el de sanatorio Cabrini.

La madre Angelini cerró el libro.

—Me temo que nunca salió de allí.

Cuando William llegó por fin al teatro Moore de la Segunda Avenida, los niños más pequeños se habían olvidado de sus madres y sus padres con las prisas por gastar sus cinco centavos en chocolatinas Clark o en puñados de caramelos Mary Jane. Al cabo de pocos minutos tenían los labios manchados y se lamían el chocolate derretido de los dedos, uno a uno.

Mientras tanto, William se esforzaba por sacarse de la cabeza la idea de su madre pasando sus últimos años encerrada en un manicomio, una academia de la risa, una granja de majaretas. La hermana Briganti había dicho una vez que si fantaseaba mucho iba a terminar en un lugar como ése. «Quizá fue eso lo que le pasó a ella.» Echó de menos a su madre mientras recorría el vestíbulo mirando los carteles de las películas, recordando cómo ella le había llevado a ver películas mudas en diminutos cines de reestreno. Recordó su brazo alrededor de él mientras ella le susurraba al oído, entreteniéndole con historias de sus abuelos, que habían sido estrellas de la ópera china.

Mientras merodeaba cerca de las columnas de mármol del vestíbulo, trató de disfrutar de aquel momento, acari-

ciando con avidez la moneda de plata que le habían regalado. De los años anteriores había aprendido a guardarla y a seguir el olor de la mantequilla derretida y el sonido de las palomitas de maíz explotando. Se encontró con Sunny y los dos juntaron su dinero para compartir un cubo grande y un refresco de naranja. Mientras William esperaba a que lo sentaran, se fijó en los otros cientos de niños de diferentes hospicios religiosos, instituciones y reformatorios. Con sus raídos y grisáceos uniformes, quietos y en fila, un fresco de traperos. Los uniformes de apariencia de presidiarios que llevaban los otros chicos hicieron que William se sintiera incómodo y demasiado arreglado, pese a que su chaqueta no era de su talla y a que los pantalones cortos heredados le quedaban varios centímetros por debajo de las rodillas. Y mientras daba sorbos a su bebida, la garganta le apretaba contra el nudo de seda negra que a duras penas pasaba por una pajarita. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, todos tenían la misma mirada expectante en los ojos mientras se apretujaban en la entrada con un zumbido de excitación. Como la mayoría de los niños del Sagrado Corazón, William esperaba ver *El conflicto de los hermanos Marx* o una película de miedo, como *La legión de los hombres sin alma*, sobre todo después de haberse enterado de que el teatro Broadway había ofrecido diez dólares a cualquier mujer que pudiera permanecer sentada en un pase de medianoche sin gritar. Por desgracia, las monjas habían decidido que *Cimarrón* era mejor pienso para sus jóvenes e impresionables mentes.

«Recórcholis —pensó William—. Me contento sólo con haber salido, estoy feliz de ver lo que sea, incluso una película muda de dos bobinas.» Pero Sunny estaba menos entusiasmado.

Cuando las puertas de color rojo brillante se abrieron por fin, la hermana Briganti le colocó la mano sobre el hombro y llevó rápidamente a Sunny y a él a sus asientos.

—Sed unos chicos buenos y hagáis lo que hagáis permaneced en silencio, no habléis y no miréis a los acomodadores —susurró.

William asintió pero no comprendió nada hasta que levantó la vista y vio que el anfiteatro estaba lleno de chicos de color y unos cuantos niños indios como Sunny. Debía de haber una entrada diferente por el callejón de atrás. «¿Soy de color? —se preguntó William—. Y, si es así, ¿de qué color soy?» Compartieron las palomitas de maíz y se agachó en su asiento, hundiéndose en el terciopelo púrpura.

Cuando la luz de las candilejas se atenuó y se abrió el telón de felpa, un pianista cobró vida acompañando a unos dibujos animados en blanco y negro con Betty Boop y Barnacle Bill. William sabía que, para los niños pequeños, ésa era la mejor parte. Algunos apenas aguantarían los avances o los Movietone Follies, y terminarían durmiendo durante la mayor parte de la película, soñando en technicolor.

Cuando por fin empezó la bobina de los Follies, William se las arregló para cantar con el resto los números musicales de Jackie Cooper y las Lane Sisters, y se rio con las bufonerías de Stepin Fetchit, que hizo que todos se partieran de la risa. Se rio con más fuerza aún que los niños del gallinero. Pero el silencio se extendió entre el público cuando una intérprete nueva cantó *Dream a Little Dream of Me* mirando tristemente a la cámara. Al principio, William pensó «Se parece a Myrna Loy en *Shari, la hechicera*». Pero no llevaba maquillaje. Era china, como Anna May Wong, la única estrella oriental que había visto nunca. Su inconfundible físico y su voz melosa levantaron silbidos de admiración entre los muchachos mayores, lo que provocó las reprimendas de la hermana Briganti, que maldijo en latín e italiano. Pero mientras William miraba fijamente la titilante pantalla, permaneció estupefacto y en silencio, con la

boca abierta, llena de palomitas. La cantante fue presentada como Willow Frost. «Un nombre artístico», dijo William casi en voz alta. Tenía que serlo. Y lo mejor de todo, Willow, Stepin y muchos de los intérpretes de Movietone Follies actuarían «EN DIRECTO EN UN TEATRO PRÓXIMO, EN VANCOUVER, PORTLAND, SPOKANE Y SEATTLE. ¡ENTRADAS YA A LA VENTA! ¡CÓMPRENLAS ANTES DE QUE SE AGOTEN!».

—Vaya, daría lo que fuera por ver ese espectáculo —le dijo Sunny a William, dándole un codazo.

—Yo... tengo que ir a verlo. —Fue lo único que William consiguió decir, conservando aún la imagen en su retina mientras miraba la pantalla en negro y escuchaba la música de apertura de *Cimarrón*, que sonaba cada vez más lejos, como Oklahoma.

—Sigue soñando, Willie.

Quizá fue su imaginación. O quizá estaba soñando despierto otra vez. Pero William supo que tenía que conocerla en persona, porque ya la había conocido por otro nombre. Estaba seguro. Sus vecinos de al lado en el barrio chino la conocían como Liu Song, pero él simplemente la llamaba *ah-ma*. Tenía que pronunciar esas palabras de nuevo. Tenía que saber si ella oiría su voz, si le reconocería tras cinco años separados.

«Porque Willow Frost es muchas cosas —pensó—. Cantante, bailarina, estrella de cine..., pero por encima de todo Willow Frost es mi madre.»